

Carta de Noticias

de la Unión Americana

Volumen 42, No. 7 – Julio 2025

LA POSICIÓN PACIFISTA PRO-VIDA

Idel Suarez Moleiro
Presidente de la Unión Americana
Macon, Georgia

Como fundamento de la Sociedad Misionera Internacional de los Adventistas del Séptimo Día Movimiento de Reforma, la ley eterna de Dios y la fe de Jesús defienden la preservación de la vida en toda su extensión y se oponen a quitarla por cualquier medio. Creemos que la vida es sagrada desde la concepción hasta la vejez y que nadie, excepto el Creador de la vida, tiene derecho a quitársela. Jesús, el Príncipe de Paz, declaró: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10). Los apóstoles también abogaron por la paz y en contra de la guerra: "No paguéis a nadie mal por mal. Procurad lo honesto delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres". "¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís" (Romanos 12:17, 18; Santiago 4:1, 2).

La ley de Dios

La ley de Dios, escrita con su propio dedo, prohibía el asesinato. El sexto

mandamiento declara: "No matarás". En tiempos de guerra, las personas se matan entre sí. No solo eso. En el campo de batalla, no es posible santificar el sábado. El cuarto mandamiento dice: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo" (Éxodo 20:8).

No solo el cuarto y el sexto mandamientos prohíben la participación en la guerra; también lo hace el octavo mandamiento: "No robarás" (Éxodo 20:15). "El octavo mandamiento condena el robo de hombres y el tráfico de esclavos, y prohíbe las guerras de conquista" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 281).

Jesucristo fue pacifista. Abogó por la paz. Declaró: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mateo 5:7). Enseñó la no resistencia y la no violencia. "Pero yo os digo: No resistáis al mal; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra" (Mateo 5:39). Jesús enseñó que todos debemos amar a nuestros enemigos. Matar al enemigo en la guerra no es amarlo. "Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44). Jesús le dijo a Pedro que quienes toman la espada,

a espada morirán. Y he aquí, uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada e hirió a un siervo del sumo sacerdote, quitándole la oreja. Entonces Jesús le dijo: "Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerá" (Mateo 26:51, 52). Más tarde, Jesús le dijo a Pilato que los cristianos no pelearían ni participarían en conflictos. "Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis siervos pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí" (Juan 18:36). Los cristianos no pueden participar, ni participan, en las batallas de la tierra en estos últimos días.

Los discípulos y apóstoles de Jesús

La misión de Juan el Bautista fue traer a los judíos de vuelta a Dios. Vino a restaurar todas las cosas, según Jesucristo. Juan declaró el principio y la práctica de la no violencia. "También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario" (Lucas 3:14).





El apóstol Pablo enseñó contra el porte de armas y la guerra carnal. "Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; (porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas)" (2 Corintios 10:3, 4).

Incluso el apóstol Pedro, quien desenvainó su espada para defender a Jesús, escribió que no debemos devolver mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición" (1 Pedro 3:9).

Posición pionera adventista

Desde los inicios de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, la Conferencia General resolvió en su asamblea que, como denominación, la iglesia defendía el pacifismo. Votaron repetidamente en contra de portar armas, el derramamiento de sangre y la participación en la guerra.

La resolución de 1867 declaró: "Esta conferencia opina que portar armas o participar en la guerra constituye una violación directa de las enseñanzas de nuestro Salvador y del espíritu y la letra de la ley de Dios".¹

La resolución de 1868 declaró: "No creemos que los siervos de Cristo tengan derecho a portar armas o a destruir la vida de sus semejantes".

La Asociación General Adventista del Séptimo Día se opuso concienzudamente a la participación en la guerra. Citaron el ejemplo de los cuáqueros del siglo XIX, quienes eran pacifistas.²

Se publicaron, escribieron, enviaron panfletos y cartas a los gobernadores estatales y se distribuyeron entre los laicos con este fin.³ Los adventistas pioneros declararon en documentos oficiales enviados al gobierno de Estados Unidos que "los adventistas del séptimo día... son unánimes en sus opiniones" de que sus enseñanzas eran contrarias al espíritu y la práctica de la guerra; por lo tanto, siempre se han opuesto firmemente a portar armas.⁴

Durante la Guerra Civil, Dios advirtió a la Iglesia Adventista del Séptimo Día a través de su mensajera que no participara en la guerra, porque violaría todos los principios de su fe. La guerra es una violación de la conciencia. "Se me mostró que el pueblo de Dios, que es su tesoro peculiar, no puede comprometerse en esta guerra desconcertante porque se opone a todos los principios de su fe. En el ejército no podrían obedecer la verdad y al mismo tiempo obedecer los requerimientos oficiales. Se produciría continuamente una violación de la conciencia" (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 1, pág. 322).

El pacifismo y la objeción de conciencia al alistamiento en las fuerzas armadas fueron un pilar de las enseñanzas y creencias de los primeros Adventistas del Séptimo Día; quienes se unían voluntariamente al ejército eran expulsados, y su destitución se publicaba con franqueza en el órgano oficial de la iglesia, *Review and Herald*.

A continuación, un ejemplo: "Dado que el alistamiento voluntario en el servicio militar es contrario a los principios de fe y práctica de los Adventistas del Séptimo Día, tal como se contienen en los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, no pueden retener dentro de su comunión a quienes se alistan. Por lo tanto, Enoch Hayes fue excluido de la membresía de la iglesia de Battle Creek, por votación unánime de la iglesia, el 4 de marzo de 1865".⁵

La Guerra es el reino de los espíritus malignos

El libro del Apocalipsis presenta la guerra como obra del diablo. Él originó la guerra en el cielo. "Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón; y lucharon el dragón y sus ángeles" (Apocalipsis 12:7). Satanás y sus demonios reúnen a los gobernantes del mundo para librar una guerra entre sí. "Porque son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra y de todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso" (Apocalipsis 16:14). Participar en la guerra es cooperar con los espíritus malignos.

Los escritos del Espíritu de Profecía defienden constantemente el pacifismo, la no violencia y la no resistencia, ya que la guerra es el reino de los espíritus malignos. A menudo, generales y oficiales se comunican con los espíritus de demonios que se hacen pasar por

fantasmas de grandes generales del pasado, animándolos a la batalla.

"Muchísimos hombres que ocupan puestos de autoridad, generales y oficiales, obran en conformidad con instrucciones comunicadas por espíritus. Los espíritus de demonios, profesando ser soldados muertos y hábiles generales, se comunican con hombres que ocupan puestos de autoridad y controlan muchos de sus movimientos" (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 1, pág. 324).

Es Satanás quien se deleita en la guerra. "Fue homicida desde el principio." Juan 8:44. "Satanás se deleita en la guerra, que despierta las más viles pasiones del alma, y arroja luego a sus víctimas, sumidas en el vicio y en la sangre, a la eternidad. Su objeto consiste en hostigar a las naciones a hacerse mutuamente la guerra; pues de este modo puede distraer los espíritus de los hombres de la obra de preparación necesaria para subsistir en el día del Señor" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 575).



Portar armas es motivo de disciplina o exclusión

Al igual que Satanás, quien fue expulsado del cielo tras incitar el espíritu de guerra, quienes viven en la tierra durante la dispensación cristiana pierden su derecho a ser miembros de la iglesia visible de Dios si se unen a las fuerzas armadas, portan armas o participan en batallas. La congregación debe tomar medidas para disciplinar a quienes han errado al portar armas, alistarse en el ejército o participar en batallas.

"Al igual que Satanás, quien fue expulsado del cielo tras incitar el espíritu de guerra, quienes viven en la tierra durante la dispensación cristiana pierden su derecho a ser miembros de la iglesia visible de Dios si se unen a las fuerzas armadas, portan armas o participan en batallas. La congregación debe tomar medidas para disciplinar a quienes han errado al portar armas, alistarse en el ejército o participar en batallas.

"Se determinó que Satanás sería expulsado del cielo, junto con todos los ángeles que se le habían unido en la rebelión. Entonces hubo guerra en el cielo. Los ángeles estaban enfrascados

en la batalla; Satanás deseaba conquistar al Hijo de Dios y a quienes se sometían a su voluntad. Pero los ángeles buenos y leales prevalecieron, y Satanás, con sus seguidores, fue expulsado del cielo" (*Primeros Escritos*, pág. 145).

Los Testimonios anunciaron que, al final de los tiempos, muchos tomarían armas de guerra y, al hacerlo, se separarían del remanente pacífico de Dios.

"Según las pruebas se vayan acrecentando a nuestro alrededor, se mostrarán en nuestras filas tanto la desunión como la unidad. Algunos que están en estos momentos preparados para empuñar las armas espirituales, cuando lleguen los tiempos de real peligro pondrán de manifiesto que no habían edificado sobre la roca firme: cederán ante la tentación. Quienes hayan recibido una gran luz y grandes privilegios, pero que no los hayan cultivado; nos abandonarán utilizando cualquier pretexto" (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 6, pág. 400).

Desobediencia civil

Dios nos manda estar en paz con todos los hombres. Ni en tiempos de paz ni de guerra, no podemos unirnos a las fuerzas armadas. "Nos hemos alistado en el ejército del Señor, y no debemos pelear en el bando del enemigo, sino al lado de Cristo, donde podemos formar un conjunto unido en sentimiento, en acción, en espíritu y en camaradería" (*Obreros Evangélicos*, pág. 407).

En caso de reclutamiento militar, los miembros pueden comparecer ante la junta de reclutamiento, como lo hicieron las parteras antes del éxodo y los amigos de Daniel en Babilonia. Las parteras a quienes se les ordenó matar a los bebés varones al nacer desobedecieron la ley civil, pero honraron la ley moral de Dios. El rey de Egipto habló a las parteras hebreas, una de las cuales se llamaba Sifra y la otra Fúa, y les dijo: "Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva. Pero las parteras temieron a Dios, y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños". "Y por haber las parteras temido a Dios, él prosperó sus familias" (Éxodo 1:15-17, 21).

Con el mismo espíritu, los amigos de Daniel se presentaron ante el rey de Babilonia y su gran imagen cuando se les ordenó hacerlo. Sin embargo, rechazaron la orden de inclinarse y adorar la imagen. "Y si no, sepas, oh rey,

que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado" (Daniel 3:18).

Por extensión, los creyentes en Cristo no pueden portar armas, derramar sangre, participar en guerras ni profanar el sábado. En tales casos, deben mantener la postura establecida por los primeros apóstoles: "Y llamándolos, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído. "diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre. Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 4:18-20; 5:28, 29).

Un "así dice el Señor" siempre está por encima de un "así dice el gobierno" cuando las leyes de este entran en conflicto con la ley de Dios. Los creyentes deben obedecer a Dios antes que a los hombres cuando las leyes humanas exigen obediencia contraria a sus mandamientos.

"Hemos de reconocer los gobiernos humanos como instituciones ordenadas por Dios mismo, y enseñar la obediencia a ellos como un deber sagrado, dentro de su legítima esfera. Pero cuando sus demandas estén en pugna con las de Dios, hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres. La palabra de Dios debe ser reconocida sobre toda otra legislación humana.... La corona de Cristo ha de ser elevada por sobre las diademas de los potentados terrenales" (*Fe y Valor*, pág. 242).

Jesús también dio a su pueblo la opción de huir cuando era perseguido. Los creyentes tienen derecho a escapar si sus vidas corren peligro por seguir sus convicciones religiosas y pacifistas. "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre" (Mateo 10:23).

Los primeros cristianos huyeron de Jerusalén cuando el gobierno los persiguió por su fe y convicciones. Se dispersaron, huyendo de los perseguidores gubernamentales y no gubernamentales. "Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día hubo una gran persecución

contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles" (Hechos 8:1).

Quienes vivan en los últimos días defenderán la verdad y huirán, tal como la iglesia virgen de la Edad Media escapó al desierto cuando fue perseguida. "Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo" (Apocalipsis 12:13, 14).

Conclusión

Como denominación, los miembros de la Sociedad Misionera Internacional de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, Movimiento de Reforma, son pacifistas y practican la no resistencia y la no violencia. Se oponen concienzudamente a portar armas, derramar sangre o participar en guerras. Sus miembros no pueden alistarse voluntariamente, servir en las fuerzas armadas ni participar en guerras. Durante el servicio militar obligatorio, continuarán siendo objetores de conciencia ante la profanación del sábado, el juramento a la bandera, el porte de armas, el derramamiento de sangre o la participación en guerras. Deben buscar asistencia pastoral si se ven amenazados con un juicio o prisión. Al ser reclutados, los miembros pueden solicitar el servicio civil en lugar del servicio militar, siempre que se garantice la observancia del sábado.

¹ Resolución del Comité de la Asociación General, 14 de mayo de 1867.

² J. Turner, carta al Gobernador de Illinois, Freeport, IL, 20 de Agosto de 1864.

³ J.N. Andrews, folleto.

⁴ J. Byington, J.N. Loughborough, G.W. Amadon, carta al Gobernador de Michigan, Battle Creek, Michigan, August 2, 1863.

⁵ *Review and Herald*, tomo 112.





Aunque el Salvador no poseía riquezas, no exhibía grandeza exterior ni llegó con pompa mundana, sus palabras de promesa, de mandato y de reproche fueron pronunciadas con la dignidad de la bondad, la grandeza y el poder. El pueblo escuchó con asombro y admiración, y la impresión que causó en sus mentes fue expresada por los oficiales que vinieron a llevárselo, obedeciendo la orden de los gobernantes y sacerdotes. Escucharon embelesados sus palabras de sabiduría celestial y, olvidando su misión, regresaron sin su prisionero. Los sacerdotes y gobernantes preguntaron: "¿Por qué no lo habéis traído?", y ellos respondieron: "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre".

Nadie podía escuchar sus amables palabras y escapar de la convicción de que era un ser de bondad y sabiduría superiores. Las emociones de sus oyentes cambiaron de la admiración por su elocuencia al deseo de alcanzar el carácter excelso que presentaba, tanto por precepto como, por ejemplo. Mientras discursaba sobre temas de interés eterno, se aferraban a sus palabras como fascinados por su poder. Quienes se sentían así atraídos por las verdades vitales que Cristo presentaba, se encontraban en tierra santa, cerca de los ríos de agua de vida. Con qué profundo e impresionante poder llamó a las multitudes en el último día de la fiesta, diciendo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". En otra ocasión declaró: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida"...

El don de la vida ha sido ofrecido gratuita, generosa y gozosamente al hombre caído. Por medio de Cristo podemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina y obtener el don de la vida eterna; pues ha sido provisto abundantemente para todos los que quieran recibirlo por los medios designados por Dios. Cuando Pablo contempló las maravillas de la redención y la

necedad de quienes no comprendían su naturaleza, exclamó: "¡Oh, gálatas insensatos! ¿Quién os ha fascinado para no obedecer a la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado claramente, crucificado entre vosotros?". Jesús dijo: "Vosotros también me habéis visto, y no creéis". ¿Cómo lo habían visto? Por el ojo de la fe, por el testimonio del Espíritu Santo, por la revelación de Cristo a sus almas. Pero se habían resistido a la obra del Espíritu Santo, hasta que la impresión de la preciosa verdad de Cristo consumió sus corazones. No hicieron caso de sus convicciones. No cultivaron su fe, sino que se entregaron a cuestionamientos y cavilaciones hasta que se endurecieron en la incredulidad y la rebelión.

Quienes siguen conociendo al Señor saben que sus salidas están preparadas como la mañana, y todo aquel que recibe las preciosas joyas de la verdad se apresurará a compartir el conocimiento de sus riquezas en Cristo con quienes lo rodean. Cuando los hombres responden a la llamada de Cristo y lo ven como el Sufriente real en la cruz del Calvario, entran en unidad con Cristo, se convierten en los elegidos de Dios, no por obras propias, sino por la gracia de Cristo; porque todas sus buenas obras son obra del poder del Espíritu de Dios. Todo es de Dios, y no de ellos mismos. El Señor nos escogió por su Espíritu. Jesús dice: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo conceda"...

Solo la gracia de Jesucristo puede transformar el corazón de piedra en un corazón de carne y hacerlo vivificante para Dios. Los hombres pueden realizar grandes hazañas a los ojos del mundo; sus logros pueden ser numerosos y de gran valor a la vista de los hombres, pero todo el talento, toda la habilidad y toda la capacidad del mundo

no lograrán transformar el carácter ni convertir a un hijo degradado del pecado en un hijo de Dios, un heredero del cielo. Los hombres no tienen poder para justificar el alma ni para santificar el corazón. La enfermedad moral no puede sanar salvo mediante el poder del gran Médico. El don supremo del cielo, el Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad, es el único capaz de redimir a los perdidos. ¡Cuánta gratitud y cuánto amor deberían llenar nuestros corazones al contemplar el amor de Dios! El corazón debería ablandarse y serenarse al meditar en el riesgo que Jesús asumió para que el hombre pudiera ser elevado y restaurado. El Redentor del mundo soportó sufrimientos proporcionales a toda la culpa de un mundo perdido. El sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario es una consideración que supera todo el poder abrumador del pecado; y cuando un sentimiento de pecado oprime el corazón del pecador, y la carga parece intolerable, Jesús lo invita a mirarlo a Él y vivir. Hay poder en Cristo para purificar el alma. "Venid luego, dice el Señor, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana".

¡Cómo la maravillosa provisión del plan de Dios para la salvación de los hombres amplía y exalta nuestras ideas sobre el amor de Dios! ¡Cómo une nuestros corazones al gran corazón del Amor Infinito! ¡Cómo nos deleita en su servicio, al responder nuestros corazones a la atracción de su amorosa bondad y tierna misericordia! Juan invita a los hombres a contemplar el maravilloso amor de Dios. Exclama: "Mirad cuál amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (*Signs of the Times*, 2 de mayo de 1892)

Publicado mensualmente, la *Carta de Noticias de la Unión Americana* es el órgano oficial de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, Movimiento de Reforma, Unión Americana. Es de cortesía para los miembros y amigos y tiene artículos de interés enviados por los creyentes. Nos reservamos el derecho de realizar cambios según sea necesario y de rechazar la impresión de ciertos artículos. Para enviar noticias, envíe su artículo en un correo electrónico a atramirez829@gmail.com.

4243 US Highway 319 North, Norman Park, GA 31771-4383. Email: info@sda1888.org.